

CRISTO EL MEDIADOR: UN ESTUDIO BÍBLICO

por Sal Ciresi

DESCRIPCIÓN

Sal Ciresi reflexiona sobre los efectos de la obra de redención de Cristo en la raza humana y examina el triple oficio que Cristo ejerce como Redentor, a saber, Profeta, Sacerdote y Rey.

TRABAJO MÁS GRANDE

Original

EDITORIAL Y FECHA

Original, 18 de septiembre de 1999

"¡He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!" pronunció San Juan Bautista hace aproximadamente 2000 años (Jn. 1:29). El hecho de que Nuestro Señor vino para quitar los pecados y salvar a los pecadores está bien atestiguado en la Sagrada Escritura (cf. Mt. 1:21; 1 Tim. 1:15; Heb. 10: 12-14). Desafortunadamente, pocas personas estudian este aspecto específico de la fe católica. La rama de la teología relacionada con Cristo como "Redentor" se llama Soteriología (en griego: *soter*), que significa "salvador, libertador o conservador". Relacionado con la cristología (el estudio de la persona de Cristo), la soteriología examina la vida, la pasión y la muerte del Señor Jesucristo y su continua obra de intercesión ante el Padre en el cielo. En este ensayo, discutiremos la obra de redención de Cristo y su efecto en la raza humana. Luego, examinaremos el triple oficio que Cristo ejerce como Redentor: el oficio de Profeta, Sacerdote y Rey.

La redención

La redención misma, en lo que respecta a la persona y obra de Cristo, se puede resumir de la siguiente manera. El hombre fue creado en un estado de justicia original, con una relación con Dios, que el hombre eventualmente perdería por el pecado (véase Génesis 3: 1-24). Este pecado, clasificado como "pecado original", causó un abismo entre Dios y el hombre (cf. Rom. 5: 12-21). Ahora, debido a su naturaleza caída, el hombre está esclavizado por el diablo, y la amistad del hombre con Dios se rompe. El Señor Jesucristo, por su muerte en la cruz, pagó el precio de nuestra redención y permitió que el hombre caído tuviera una relación más con su Creador. El Salvador logró esto con Su muerte por nosotros en expiación por nuestros pecados. Para disfrutar de esta salvación forjada por el Redentor, debemos adherirnos a Él por fe (cf. Heb. 11: 6) y caridad (cf. 1 Cor. 13: 2). El hombre debe utilizar su libre albedrío cuando busca este maravilloso regalo de salvación; No es un acto forzado. Recibimos estos frutos de la redención, más directamente, por gracias obtenidas a través de los sacramentos de la Iglesia Católica. Ese es un bosquejo muy breve que tendrá que ser suficiente por ahora.

La redención en la palabra de Dios

La Santa Biblia está llena de muchas declaraciones profundas relacionadas con la redención. Una de las más llamativas es del profeta Isaías:

Seguramente Él ha nacido nuestras penas y llevado nuestras penas; sin embargo, lo estimábamos herido, herido por Dios y afligido. Pero fue herido por nuestras transgresiones, fue herido por nuestras iniquidades; sobre Él estaba el castigo que nos hizo sanos, y con sus llagas fuimos sanados (Is. 53: 4-5).

Esta es una tremenda profecía de Isaías, cumplida cuando Nuestro Señor colgó en la cruz cuando Su pasión se acercaba a su fin (cf. Lc. 23: 44-49). Podemos dar por sentado el sufrimiento de Nuestro Señor, sin darnos cuenta del dolor y la pena insoportables que nuestros pecados le causaron. A menudo, este es el caso en nuestras parroquias de hoy. En lugar de predicar "Cristo crucificado" (1 Cor. 2: 2), escuchamos sermones flojos y curiosos como "Dios ama a todos, no importa lo que hagas, después de todo, ¡Dios es amor!" Dios ciertamente es amor, pero también es justo (cf. Mt. 25: 31-46), y rendirá a todos según sus obras (cf. 2 Cor. 5:10). Se necesita desesperadamente un equilibrio adecuado entre misericordia y justicia en nuestra era actual.

Los evangelios sinópticos también revelan muchos conceptos relacionados con la redención. Leemos en Mateo 20:28, "... el Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos". Marcos nos dice: "Y él les dijo: 'Esta es mi sangre del pacto ...'" (Marcos 14:24). Lucas registra: "Porque el Hijo del hombre vino a buscar y salvar a los perdidos" (Lucas 19:10).

Pedro, nuestro primer Papa, comenta sobre la redención cuando nos dice: "Sabes que fuiste rescatado de las formas inútiles heredadas de tus padres, no con cosas percederas como la plata o el oro, sino con la preciosa sangre de Cristo, como la de un cordero sin mancha ni mancha" (1 P. 1: 18-19).

El más grande teólogo de la Iglesia primitiva, Pablo el Apóstol, pronuncia las siguientes palabras sobre la obra de redención de Nuestro Señor: "Están justificados por su gracia como un don, a través de la redención que es en Cristo Jesús ..." (Rom. 3 : 24)

Finalmente, el amado discípulo Juan, refiriéndose a Nuestro Señor y Salvador, nos dice: "Digno eres de tomar el pergamino y abrir sus sellos, porque fuiste asesinado y por tu sangre rescataste a los hombres para Dios ..." (Rev 5: 9). La palabra usada en este pasaje para rescate (griego: *agorazo*) se puede traducir como "para comprar". Esto arroja algo de luz sobre el aspecto personal o la obra de Nuestro Señor al redimirnos. Revela el "gran pago" de su preciosa sangre que sacrificó en nuestro nombre. Nuestra redención no fue barata. Debemos alabar a Dios diariamente por su generosidad en este acto misericordioso de morir por nuestros pecados.

Al examinar los datos bíblicos en el Nuevo Testamento, y teniendo en cuenta los pasajes ya citados, podemos reducir todos los puntos cruciales de la redención de Cristo en aproximadamente siete temas bíblicos principales. Estos temas pueden derivarse de cualquier libro de texto que trate de "redención" o "salvación".

Primero, la revelación revela que la redención implica el hecho de que la Palabra de Dios asumió una naturaleza humana para convertirse en el mediador entre Dios y los hombres (cf. 1 Tim. 2: 5; Heb. 8: 6). La epístola a los hebreos nos dice:

Por lo tanto, Él es el mediador de un nuevo pacto, para que aquellos que son llamados puedan recibir la herencia eterna prometida, ya que ha ocurrido una muerte que los redime de las transgresiones bajo el primer pacto (Hebreos 9:15).

Al dios-hombre le costó una tremenda humildad "rebajarse a nuestro nivel" asumiendo una naturaleza humana y experimentando muchas de las pruebas que experimentamos en la vida diaria. Por supuesto, logró esto mientras permaneció para siempre perfectamente sin pecado (Heb. 4:15).

Segundo, la redención se lleva a cabo mediante la entrega gratuita de su vida por Cristo, como precio de compra (cf. 1 Cor. 6:20; Tit. 2:14). Pablo dice: "Fuiste comprado por un precio ..." (1 Cor. 7:23). El hecho de que Cristo murió, mientras todavía estábamos separados de Él por el pecado, muestra su inconmensurable bondad amorosa hacia nosotros (cf. Ef. 2: 4-10).

Tercero, la redención se ve afectada por los sufrimientos y la muerte de Cristo como resultado de los pecadores y sus pecados (ver Gá. 2:20; Efe. 5: 2). Escribiendo a la iglesia en Colosas, Pablo dice:

Y tú, que estabas muerto en delitos y la incircuncisión de tu carne, Dios vivificó junto con Él, habiéndonos perdonado todos nuestros delitos, cancelando el vínculo que se nos opuso con sus demandas legales; esto lo dejó a un lado, clavándolo en la cruz (Colosenses 2: 13-14).

Uno podría escribir un comentario devocional completo sobre este pasaje solo; Es un excelente verso para la meditación cuaresmal. El libro de Colosenses fue escrito principalmente para abordar cuestiones cristológicas, y es en este libro que Pablo llega al corazón de la obra de la redención de Cristo.

Cuarto, la redención se logra a través del sacrificio de Cristo ofrecido en la cruz (cf. Rom. 3:25; 1 Cor. 5: 7). Juan escribe: "En esto está el amor, no que amamos a Dios sino que Él nos amó y envió a Su Hijo para que expiara nuestros pecados" (1 Jn. 4: 10). Nuestro Señor nos da una visión valiosa del amor de Dios por nosotros cuando dice: "Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos. Ustedes son mis amigos ..." (Jn. 15:13 -14).

Quinto, la redención se logra mediante la victoria de Cristo sobre el diablo, el pecado y la muerte (cf. Col. 2:15; Rom. 8: 3). Juan escribe: "La razón por la que apareció el Hijo de Dios fue para destruir las obras del diablo" (1 Jn. 3: 8). Satanás y "sus obras" tienen éxito hoy porque su existencia se da por sentada, si no se niega por completo. La inocente matanza de los no nacidos, debido a los aproximadamente 4400 abortos reportados que se realizan diariamente en Estados Unidos, da prueba de este triste hecho. Como enseña la clásica dirección espiritual católica, debemos protegernos del diablo, así como del mundo y la carne (cf. 1 Jn. 2: 15-17). Sexto, la redención se logra a través de la obediencia a Cristo (cf. Jn. 10:18; 14:31). Leemos en el libro de Filipenses: "Y al encontrarse en forma humana se humilló a sí mismo y se hizo obediente hasta la muerte, incluso la muerte en la cruz" (Fil. 2: 8). Cristo nos ha dado el ejemplo perfecto a seguir con respecto a la virtud de la obediencia. Con respecto a la obediencia, quizás la virtud más descuidada de hoy, podemos parafrasear el conocido axioma tomista (cf. ST II-II, 104, 5) que dice que los hombres están sujetos a Dios en todas las cosas: tanto internos (a través del intelecto y voluntad) como externos (a través de actividades externas).

Finalmente, la redención se lleva a cabo debido a la resurrección de Cristo del sepulcro, y su obra continúa por su intercesión ante el Padre en el cielo (cf. Rom. 4: 25; 8: 34). Hebreos 7:25 dice: "En consecuencia, Él es capaz de salvar a aquellos que se acercan a Dios por medio de Él, ya que siempre vive para interceder por ellos". Es consolador saber que Nuestro Salvador está orando ante el Padre por nuestras necesidades.

Estos siete temas se pueden descubrir examinando el Nuevo Testamento. Estas verdades bíblicas a menudo se superponen y están relacionadas entre sí. Uno podría pasar toda su carrera teológica estudiando cada tema de la redención, y descubrir que sus misterios nunca se desarrollarán completamente ante la mente finita de uno.

Cristo como mediador

Un aspecto clave de la redención es que Cristo actúa como nuestro "mediador". Esto llega al núcleo de la Soteriología, y es fundamental para el estudio de la redención. Paul nos da un texto de prueba clásico:

"Porque hay un Dios y un mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús" (1 Tim. 2: 5).

Como se usa en este pasaje, el término "mediador" (en griego: *mesites*) , según el erudito dominico Fr. Ceslas Spicq, revela una profunda verdad:

Este texto no solo describe a Cristo como un mediador, colocándolo en el medio como intermediario entre Dios y los humanos, el único representante válido de ambas partes; pero también especifica que "se entregó a sí mismo en rescate por todos" a fin de actualizar la salvación que Dios quería. Por lo tanto, reconcilió a quienes el pecado había puesto en desacuerdo (*Léxico Teológico del Nuevo Testamento Vol. 2* , Peabody: Hendrickson Pubs., Inc., 1994, p. 468).

En línea con 1 Timoteo 2: 5, un mediador reconcilia a dos partes opuestas en desacuerdo. Cristo es este mediador, quien solo actúa como intermediario entre la Divinidad perfecta y la humanidad pecadora. El pecado creó una gran separación entre criatura y Creador. La obra completa de Cristo fue el único remedio para este abismo inseparable, que fue el resultado de nuestras transgresiones.

Por supuesto, la Iglesia Católica siempre ha reconocido el papel secundario de Nuestra Señora y los Santos como "mediadores menores" ante el Padre en el cielo, al mismo tiempo que otorga el papel primario de mediación al Señor Jesucristo. Esta importante distinción, cuando se explica a nuestros hermanos separados, debería aclarar muchos conceptos erróneos sobre la fe católica.

Continuando con nuestra exégesis, otro aspecto de la obra mediadora de Cristo es el concepto de que Él es el nuevo jefe de la raza humana. El primer jefe de la raza humana fue Adán. En el orden de la naturaleza, todos los hombres (incluido el Cristo sin pecado) son descendientes de Adán: la genealogía de Lucas da testimonio de este hecho (cf. Lc. 3: 23-38). El primer hombre Adán fue creado por Dios mismo para ser su cabeza sobrenatural de la raza humana. Adán recibió el don de la filiación divina: el don de la gracia santificante. La naturaleza humana no tenía derecho a este don de la gracia santificante; trasciende por completo la naturaleza humana. Este fue el caso de Adam personalmente, así como una herencia que habría transmitido a su posteridad. Si Adán no hubiera pecado contra el mandato divino de Dios (véase Génesis 2: 15-17), cada hombre individual habría tenido este precioso don de la gracia santificante en el momento de su concepción. Esto se debe al hecho de que Adán habría pasado la naturaleza humana y la vida sobrenatural a sus descendientes.

Pero la historia de la salvación nos dice que Adán, de hecho, transgredió el mandato divino de Dios. Como resultado, la raza humana sufre perpetuamente las consecuencias; nacemos con "la mancha" del pecado original, y sufrimos continuamente de un intelecto oscuro y una voluntad debilitada (cf. Rom. 7: 7-25); comúnmente llamado "concupiscencia". Como descendientes de Adán, nos falta algo: la gracia santificante. Para ser sanados de este pecado original, debemos ser "regenerados" a través del bautismo (cf. Jn. 3: 3-8; Col. 2:12; Tit. 3: 5). Esta falta de gracia santificante resultó en una pérdida de la vida sobrenatural tanto para Adán como para todos sus descendientes.

El remedio para esta situación trágica fue la obra de la redención de Jesucristo. El Señor restablecería esta vida sobrenatural como la nueva cabeza espiritual de la raza humana. Pablo nos dice: "El primer Adán se convirtió en un ser vivo, el último Adán se convirtió en un espíritu vivificante" (1 Cor. 15:45). La jefatura de Cristo sobre toda la raza humana nos es revelada por Pablo: "... nosotros, aunque muchos, somos un cuerpo en Cristo, e individualmente somos miembros de otro" (Rom. 12: 5). En Colosenses 1:18 leemos "Él es la cabeza del cuerpo ..."

Refiriéndose al papel de Cristo como mediador, el teólogo Padre Matthias Premm lo dijo mejor cuando escribió:

Como hombre, él representaba nuestra posición humana y por eso su sufrimiento podía expirar y merecernos. Pero como él también es Dios, todas sus obras tienen un valor infinito. Debido a que era Dios, fue capaz de ofrecer una satisfacción plena y proporcional al Padre en el cielo por los pecados de Adán y los pecados de toda la humanidad, y de ese modo merecer las gracias que necesitamos para llegar al cielo (*Dogmatic Theology For The Laity* , Rockford: TAN Books & Pubs., 1977, p. 156).

Al revisar la vida de Cristo como se revela en la Sagrada Escritura, podemos ver el sufrimiento continuo que experimentó desde el pesebre hasta la cruz. Su papel como mediador lo llevó a nacer en la pobreza, sufrir el rechazo de su propio pueblo y, en última instancia, provocar un castigo cruel y la muerte a manos de hombres pecadores.

Cristo como profeta y maestro

Como nuestro mediador, Cristo ejercería tres oficios: profeta, sacerdote y rey. Cada oficina nos da una idea de la obra y la persona de Cristo Jesús. La primera oficina en discusión es Cristo como "profeta". El teólogo Monseñor J. Pohle nos dice:

El profetismo del Antiguo Testamento no se limitó a predicciones extraordinarias ... sino que comprendió principalmente la oficina de enseñanza ordinaria ... "(*Soteriology* , St. Louis: B. Herder Book Co., 1913, p. 140).

Sin embargo, Nuestro Señor también reclamó el título tradicional y la misión de un profeta: "... debo seguir mi camino hoy ... no puede ser que un profeta muera lejos de Jerusalén" (Lucas 13:33). La oficina del profeta y el maestro están conectados.

Al estudiar la Sagrada Escritura, vemos que el primer acto redentor de Nuestro Señor puede considerarse como un maestro. Antes del comienzo de su ministerio público (cf. Mt. 4:12), el mundo tenía muchas ideas incompletas sobre Dios. El pueblo escogido de Dios (los israelitas) no tenía la plenitud de la revelación antes de que Cristo comenzara a enseñar. Cristo demostró ser el mejor maestro que jamás haya existido. "Soy la luz del mundo", proclamó Nuestro Señor, "el que me sigue no caminará en la oscuridad, sino que tendrá la luz de la vida" (Jn. 8:12). En nuestro día preestablecido, cuando las personas buscan la felicidad en el dinero, el sexo, las drogas y el movimiento de la Nueva Era, estas palabras de Nuestro Señor son reconfortantes.

Nuestro Señor enseñó las verdades de Dios por aproximadamente tres años, predicando en un área pequeña en el Medio Oriente. Él enseñó a sus seguidores que Él era el "Pan de Vida" (cf. Jn. 6:35), la "Luz del Mundo" (cf. Jn. 8:12), la "Puerta del Padre" (cf. Jn. 10: 7), el "Buen Pastor" (cf. Jn. 10:11), la "Resurrección y la Vida" (cf. Jn. 11:25) y la "Vid Verdadera" (cf. Jn. 15: 1).

Además de revelar la verdad salvadora, el Hijo de Dios prometió una institución visible y jerárquica que enseñaría y salvaguardaría estas verdades a lo largo del tiempo:

Y te digo que eres Peter, y sobre esta roca construiré mi iglesia, y los poderes de la muerte no prevalecerán contra ella. Te daré las llaves del reino de los cielos, y todo lo que ates en la tierra quedará atado en el cielo, y lo que desates en la tierra quedará desatado en el cielo (Mt 16: 18-19).

Esta iglesia que Él estableció, que la historia testifica como la Iglesia Católica, es la corte de última apelación en asuntos de fe y moral (cf. Mt. 18: 15-18). Pablo llama a esta institución divina el "pilar y fundamento de la verdad" (1 Tim. 3:15). Sus enseñanzas y su Iglesia han cambiado para siempre la faz de la humanidad. Ninguna de las religiones o

filosofías falsas de nuestros días, no importa cuán atractivas sean, ha tenido el impacto del cristianismo según lo promulgado por la Iglesia Católica. Para los "católicos de cuna", esto a menudo se da por sentado.

El Eterno Sumo Sacerdote de Cristo

El próximo oficio cumplido por Nuestro Señor como Redentor es el oficio de "sacerdote". El autor inspirado de la epístola a los Hebreos escribe: "Porque era apropiado que tuviéramos un sumo sacerdote tan santo, sin mancha, sin mancha, separado de los pecadores, exaltado sobre los cielos" (Heb. 7:26). Al comentar sobre este pasaje, el erudito jesuita Padre Albert Vanhoye nos dice:

El requisito ritual de que el sumo sacerdote se separe de los hombres, como ya se observó, en el caso de Cristo dio paso a una admirable solidaridad con el hombre ... Debido a que su consagración se obtuvo al morir por nosotros, él, sin embargo, nos pertenece. Cerca de Dios, él permanece cerca de nosotros. El es *nuestro* sumo sacerdote. ¡Qué maravilla experimentamos al profundizar en esta realidad! (*Nuestro sacerdote es Cristo* , Roma: PIB, 1977, p. 31).

Los relatos evangélicos de la institución de la Sagrada Eucaristía (cf. Mt. 26: 26-29; Mc. 14: 22-25; Lc. 22: 19-22) se recrean, de manera no sangrienta, en cada Misa en nuestro día. Este es un recordatorio continuo de la obra de Cristo como sacerdote extraordinario. Nuestro Señor claramente está usando lenguaje de sacrificio en los relatos de la Última Cena; mostrando así la relación entre la primera misa ofrecida en el aposento alto y su muerte en el Calvario.

Hoy vemos que el sacerdocio de Cristo, en su capacidad mediadora, es llevado a cabo por sacerdotes católicos. Aplican y distribuyen los frutos de la redención, ganados por Cristo, administrando los sacramentos como el Bautismo, la Confesión y la Sagrada Eucaristía. Además, los sacerdotes predicán la verdad de Dios y dan dirección espiritual. Son un *alter Christus* (latín: otro Cristo). Deberíamos rezar diariamente por nuestros sacerdotes, que sacrifican tanto por nosotros y, sin embargo, a menudo son criticados y poco apreciados.

Cristo, como nuestro eterno sumo sacerdote (cf. Heb. 7-10), se convirtió para nosotros en "sacerdote" y "víctima" para asegurar la redención. Él mereció la gracia que Adán perdió al redimirnos del pecado, para darnos acceso al "trono de la gracia" (Hebreos 4:16). Esto era parte de su actividad sacerdotal: reconciliar a los hombres pecadores con un Dios todo santo (cf. Lev. 11:44) y santificar a la humanidad a través de la oración (cf. Jn 17, 6-26) y el sacrificio (cf. Rom. 6: 5-11).

El reinado de Cristo

El último oficio de Cristo como Redentor fue el de "rey". El papa Pío XI, en su carta encíclica de 1925 *Quas Primas*, nos dice:

Cristo mismo habla de su autoridad real: en su último discurso, hablando de las recompensas y castigos que serán la suerte eterna de los justos y de los condenados; en su respuesta al magistrado romano, quien le preguntó públicamente si era rey o no; después de su resurrección, cuando dio a sus apóstoles la misión de enseñar y bautizar a todas las naciones. En estas varias ocasiones, se llamó a sí mismo rey (n. 11).

El reinado de Cristo está principalmente en el orden espiritual, aunque incluso los asuntos seculares caen bajo su dominio real, en la medida en que todas las leyes civiles deben ajustarse a su ley natural. Nuestro Señor declaró que su realeza "no era del mundo" (Jn. 18:36). Su oficio como rey fue ante todo para salvar a las almas del sufrimiento de la condenación eterna. Actuó como un rey al establecer preceptos morales para ser obedecidos por sus seguidores: el "Rey" hablando a sus "siervos". Esto se puede ver más claramente en el "Sermón del Monte" (Mt. 5: 1-7: 29). Es de destacar que incluso el gran apóstol Pablo se refiere a sí mismo como un "siervo de Cristo" (Rom. 1: 1; Fil. 1: 1). Ser un siervo de Cristo "El Rey de reyes" no nos denigra, sino que revela nuestra total dependencia amorosa de Él (cf. Fil. 4:13). Estableció su reino en la tierra eligiendo apóstoles (cf. Mc 13,13-19) y luego ordenándoles que enseñaran sus

verdades en todo el mundo (cf. Mt 28,18-20). Este mandato fue dado para propagar los tres oficios de Cristo como Redentor: "Por tanto, id y haced discípulos a todas las naciones (oficio profético), bautizándolos (oficio sacerdotal) ... enseñándoles a observar todo lo que he mandado (oficio real) ..."

Es importante reflexionar sobre una verdad importante con respecto al reinado de Cristo; Se trata principalmente de la obediencia a Él y a Sus leyes, como lo enseñó la Iglesia Católica a través de los siglos. Hoy, muchos quieren reducir a Nuestro Señor a un "benefactor" que solo está interesado en la "justicia social" que predicó "no juzgues". Hace bien en reflejar que Cristo enseñó a las personas a apartarse del mal y "no pecar más" (Jn. 8:11), a obedecer a los líderes de nuestra Iglesia (cf. Lc. 10:16), mientras predica que el infierno es una posibilidad muy real (cf. Mt.25: 31-46).

Comentarios finales

Al cerrar nuestro estudio sobre la doctrina de la redención, vemos que Cristo actuó como mediador en nombre de Dios y el hombre. Sufrió, murió y resucitó de los muertos para reconciliar a la raza humana con nuestro Padre celestial. Como mediador, Cristo ejerció tres cargos como Profeta, Sacerdote y Rey. Como profeta enseña, como sacerdote sacrifica, como rey gobierna. Por este acto infinito de amor y misericordia, que Nuestro Señor y Salvador sea exaltado para siempre (cf. Filipenses 2: 9-11).

Cerramos con las palabras de Eusebio:

[Cristo] tomó sobre sí el trabajo de los miembros que sufrían, e hizo nuestros propios males ... soportó un dolor y un trabajo insostenibles para todos nosotros ... se hizo la remisión de nuestros pecados, incluso sufriendo la muerte para nosotros (W. Jurgens, *La fe de los primeros padres Vol. I*, Collegeville: The Liturgical Press, 1970, p. 298).

+ + +

Ciresi es miembro de la facultad de la Escuela de Graduados de Notre Dame de Christendom College y es la Directora del Gremio Bíblico de San Jerónimo.

Este artículo 1216 se proporciona digitalmente por cortesía de CatholicCulture.org